

## **China y Estados Unidos: competencia inevitable en un orden “bipolar no polarizado”**

**Roberto Russell\***

**Resumen:** El artículo analiza en su primera parte los rasgos definitorios del orden internacional emergente: bipolaridad, no polarización y heterogeneidad. La segunda sección se ocupa de la ascendente rivalidad sistémica entre Estados Unidos y China y de su evolución más probable en el mediano plazo en un ámbito en el que no estará en juego la naturaleza fundamental de ese orden.

**Palabras clave:** Estados Unidos - China - bipolaridad - cooperación – competencia

**Title:** China and the United States: Unavoidable Competition in a “Non-polarized Bipolar” Order

**Abstract:** The article analyzes in its first part the defining features of the emerging international order: bipolarity, non polarization and heterogeneity. The second section deals with the growing systemic rivalry between the United States and China and its most likely evolution in the medium term in an area where the fundamental nature of that order will not be at stake.

**Key words:** United States - China - bipolarity - cooperation - competition

**RECIBIDO:** 2 de julio de 2021; **ACEPTADO:** 6 de julio de 2021; **PUBLICADO:** 30 de julio de 2021

---

\* Ph.D. en Relaciones Internacionales, School of Advanced International Studies (SAIS), The Johns Hopkins University, Washington DC. Profesor de la Universidad Torcuato Di Tella, Presidente de la Fundación Vidanta desde su creación en 2005. Miembro del Latin American Board del Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson Center for International Scholars; del Consejo Editorial de la Revista Foreign Affairs Latinoamérica y del Consejo Superior de FLACSO a título individual. También es director del Comité de Estados Unidos del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). [rrussell@utdt.edu](mailto:rrussell@utdt.edu)

## **1. Hacia un orden bipolar no polarizado**

El sistema internacional está surcado por tres procesos de larga duración estrechamente interrelacionados: la redistribución del poder entre Estados Unidos y China que genera una situación de transición hegemónica con su carga inevitable de desequilibrios e incertidumbres; la difusión del poder y la riqueza globales hacia afuera de Occidente; y, por último, el proceso de globalización que, no obstante sus marchas y contramarchas, va abarcando casi todos los campos de la actividad humana salvo el de la política. Así lo advirtió Eric Hobsbawm en uno de sus últimos escritos:

Existe una dinámica histórica que ha creado una economía mundial, pero no existe ninguna que haya creado un gobierno mundial. Las Naciones Unidas y todas las organizaciones internacionales perduran por autorización de los Estados o para su conveniencia. En todo el globo, las únicas autoridades dueñas del poder de la ley y de la fuerza física son los Estados (Hobsbawm, 2008, p. 37).

La reflexión de Hobsbawm, escrita en 2007, tiene actualmente más fuerza que entonces en un ambiente en el que se aprecia una revalorización de los pilares clásicos westfalianos para la gestión del orden internacional en detrimento de las ideas liberales de gobernanza global que dominaron el debate académico y político de los años noventa. Se trata de una regresión que encuentra buena parte de su explicación en la redistribución y difusión del poder entre los estados y, en la consiguiente disposición de los emergentes a poner en resguardo a la diversidad y a exaltar la cultura y los valores propios (Hurrell, 2018). Al mismo tiempo, este movimiento que refuerza al Estado encierra una paradoja dado que se produce en un contexto en el que numerosísimos y diversos actores de la sociedad civil cuentan con mayores cuotas de poder y se muestran cada vez más atentos, interesados y participativos en los asuntos internacionales y mundiales.

El primero de los procesos nombrados y en el que me voy a detener en este artículo, tiende a configurar un mundo bipolar formado por dos únicas superpotencias, esto es, por dos estados significativamente superiores al resto en términos de toda la gama de atributos de poder. Digo bipolar y no multipolar porque este último concepto es inadecuado y engañoso para describir el orden emergente. En efecto, sólo China y Estados Unidos reúnen los atributos para ser calificados como superpotencias. Esto no implica desconocer el papel que pueden jugar otros actores estatales relevantes en la política y la economía internacional, tales como la Unión Europea, Rusia o la India. Sin embargo, todos ellos están unos escalones más abajo en la escala de poder global y lejos de alcanzar el status de superpotencia, si ésta fuera alguna vez la situación. La única excepción podría ser la Unión Europea en caso de que lograra actuar de manera unificada en el campo de la defensa y la política exterior, una asignatura que tiene pendiente desde los años de la Guerra Fría y de improbable aprobación.

Por cierto, Rusia suele aparecer en muchos análisis como un tercero que daría pie para hablar de un orden multipolar -o, al menos tripolar-, aunque se reconoce que su condición es la de un polo menor frente a Estados Unidos y China. En lo esencial, esta opinión se sustenta en que Rusia posee el territorio más extenso del planeta e importantes recursos naturales y en que, junto a Estados Unidos, tiene uno de los dos más importantes arsenales de armas nucleares del mundo. Además, es uno de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y su papel sigue siendo fundamental en materia de control de armamentos y para provocar o, al

contrario, para contribuir a resolver crisis internacionales agudas. Estos atributos, sin duda considerables, no son suficientes para adquirir la categoría de superpotencia. Rusia carece de dinamismo económico y de poder financiero y ha declinado en capital humano; su producto bruto interno es menor que el de Canadá, Corea del Sur o Italia mientras que Estados Unidos y China concentran más del 42% del PBI mundial. Como concluye Kotkin: “Por más que Rusia quiera ser reconocida como un igual, no lo es y no hay perspectivas de que lo sea en el mediano plazo” (Kotkin, 2016).

En lugar de bipolaridad, alguna literatura habla de “multipolaridad desequilibrada” o califica como polos a estados que cuentan con grandes atributos de poder en un área temática específica (por ejemplo, en materia económica o militar) pero en definitiva se está diciendo lo mismo. Se reconoce que hay dos estados que no son como los demás y que existen fuertes asimetrías entre Estados Unidos y China frente al resto. Asimismo, el concepto multipolar se usa frecuentemente con fines aspiracionales -ser reconocido como un polo-, o políticos -por considerar que la multipolaridad es mejor que otras formas de distribución de poder-, o para cuestionar la unipolaridad con la vista puesta en los Estados Unidos de los noventa o en su supuesta voluntad de ejercer el poder como si lo fuera.

Es también inapropiada la idea de “no-polaridad” que ha instalado otra parte de la literatura. Este enfoque pone el acento en los procesos de difusión de poder y en la globalización y nos propone un mundo dominado no por uno, dos o aun varios estados sino por docenas de actores públicos y privados que poseen y ejercen varias clases de poder (Haas, 2008). Esta transformación, que se anuncia como un cambio tectónico en las relaciones internacionales respecto del pasado, desatiende la continuidad básica con ese mismo pasado de los ciclos de transición hegemónica donde no hay difusión sino concentración y pérdida relativas de poder. Al poner el acento solo en la difusión del poder, la noción de no-polaridad conduce a una seria confusión. Que el poder se difunda no implica que al mismo tiempo no se concentre y tampoco el reemplazo del juego clásico de la política internacional entre grandes potencias por otro indefinido en el que el poder se disemina a muchas manos y lugares. La concentración del poder en algunos pocos estados es la que define el tipo de polaridad de la estructura internacional de cada era. Y esa estructura será bipolar por más que haya otros actores, públicos y privados, con parcelas diversas de poder. Y esa concentración de atributos de poder entre dos polos hará sentir su peso sobre el resto de los países que están más abajo en la escala de poder internacional.

La bipolaridad emergente presenta una diferencia fundamental con la de la Guerra Fría. Aquella estaba estructurada en bloques rígidos y poco permeables y, por consiguiente, tenía un alto grado de polarización, noción que entiendo como una condición sistémica caracterizada por la adscripción voluntaria o forzada de los actores menores a uno de los polos, un proceso que admite diferentes grados. Por el contrario, es muy probable que el orden bipolar que conformarán Estados Unidos y China tenga un bajo nivel de polarización ya que la gran mayoría de los estados tenderá a buscar formas diversas de no polarizarse. Dicho de otro modo, a evitar el plegamiento a Washington o Beijing sin que esto implique necesariamente equidistancia en todos los temas.

La principal condición de posibilidad de la no polarización es la sincronía de la transición hegemónica entre Estados Unidos y China con el proceso apuntado de difusión del poder y la riqueza globales que se derrama en particular en dirección a los

países asiáticos y, con ello, da lugar al progresivo traslado del centro de gravedad de la economía mundial desde el Atlántico Norte al Asia poniendo fin al predominio ejercido por Occidente durante casi tres siglos. Desde la academia y el periodismo se suele referir a este proceso como el *wealth shift* para subrayar su nota sobresaliente respecto del *power shift* que singulariza a la transición entre poderes ascendentes y declinantes. Este proceso de difusión tiene una lógica independiente y efectos propios: amplía mercados y fuentes de capital y de recursos materiales, tecnológicos y simbólicos como así también las posibilidades de diversificación de las relaciones entre países. Para la Argentina en particular y América Latina en general, se trata del surgimiento de espacios similares al que ofreció Europa durante la Guerra Fría como eje alternativo y compensatorio de la bipolaridad Este-Oeste y que hoy se extiende a otros centros secundarios de poder y riqueza.

Además de la bipolaridad y la no polarización, el orden internacional tendrá un tercer rasgo definitorio que corresponde, ya no a su estructura material sino al campo de las ideas y valores. En este aspecto, me valgo de la distinción de Raymond Aron entre sistemas internacionales homogéneos y heterogéneos para sostener que el orden global en el que viviremos pertenecerá a la segunda categoría, es decir, un sistema en el que los polos dominantes “no obedecen al mismo concepto de la política” y “están organizados de acuerdo con otros principios y proclaman valores contradictorios” (Aron, 1985, p. 140).

La heterogeneidad entre los polos no tiene el carácter irreductible de los años de la Guerra Fría pero involucra igualmente una disputa entre dos sistemas opuestos sobre modos de organización y gestión de una sociedad. Estamos ante un hecho del cual puede derivar un serio problema: que las diferencias ideológicas y el tipo de régimen político entre las dos superpotencias se coloquen en el centro de la competencia y, por lo tanto, obstaculicen o impidan gestionarla como una rivalidad clásica entre grandes poderes. Hasta el momento, la tendencia a incluir el factor ideológico en el vínculo ha sido mucho más pronunciada en Estados Unidos que en China, aunque en este país, y en particular desde 2017, la retórica de la confrontación con cierta carga ideológica se ha incrementado, como se nota, por ejemplo, en la así llamada “diplomacia del lobo guerrero”.

El énfasis en lo ideológico en el caso de Estados Unidos ya no es solo patrimonio de halcones como el ex secretario de Estado, Mike Pompeo; se aprecia, asimismo, en buena parte del *establishment* de Washington donde prevalece una visión de China que reúne elementos cada vez más tóxicos. El discurso de Pompeo del 23 de julio de 2020 pronunciado en la Biblioteca Richard Nixon de Yorba Linda constituye la expresión más clara y extrema de la visión que describe a la competencia entre Estados Unidos y China como una lucha irreconciliable ya no entre rivales sino enemigos. En esa oportunidad, definió a China como una “amenaza existencial para la economía, la libertad y la democracia en el mundo” y convocó a formar una coalición anti-Beijing basada en la ideología. Y para no dejar dudas, agregó lo siguiente:

No es el mismo tipo de enemigo. Aquí no se trata de contención. Es un reto complejo al que nunca nos hemos enfrentado. La URSS estaba cerrada al mundo libre. La China comunista está aquí, dentro de nuestras fronteras. Por lo tanto no podemos enfrentar solos este desafío (Pompeo, 2020).

Es cierto que el gobierno de Biden ha procurado desde su inicio bajar el tono de la disputa ideológica con China; sin embargo, no ha dejado de señalar que el ascenso de este país al *status* de superpotencia constituye una amenaza al modelo político y de desarrollo económico de Estados Unidos y un factor que empuja a favor de la autocracia en el mundo. En su discurso del 28 de abril a la sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos, Biden aclaró que sus planes de reforma económica y las medidas que propone para “desarrollar y dominar los productos y tecnologías del futuro” no solo apuntan a mejoras indispensables y postergadas en el orden interno. Las definió como un medio fundamental para poner a Estados Unidos en una posición para ganar la competencia global con China. Más aún, para mostrarle a Xi y otros autócratas que la democracia puede competir con éxito con las autocracias en el siglo XXI. De este modo, reconoció que la competencia con China es para su gobierno no solo una clásica rivalidad entre grandes potencias sino también parte de una disputa de mayor alcance que pone frente a frente a las democracias liberales con las autocracias. Asimismo, Biden ha opinado en varias oportunidades que el mundo está en un punto de inflexión que habrá de determinar si el siglo XXI será otra era de dominio democrático o de ascenso autoritario<sup>1</sup>. Se trata de una forma de plantear la oposición entre democracia y autoritarismo que se muestra mucho más cercana a la de los años 30 y 40 del siglo pasado que a la del conflicto ideológico de la Guerra Fría.

China, por su lado, se presenta como agnóstica, y como todo gran poder en ascenso, asume una identidad soberanista de “vivir y dejar vivir” que le sirve de fundamento para rechazar toda injerencia externa en sus asuntos internos<sup>2</sup>. A diferencia de Estados Unidos y de la Unión Soviética en la Guerra Fría, no defiende ni sostiene una ideología “verdadera” a ser exportada al resto del planeta. Sin embargo su modelo de capitalismo estatal y gobernanza autoritaria es visto en muchas partes con creciente simpatía, especialmente por sus éxitos en materia económica y de reducción de la pobreza, y como un camino a seguir, en un momento en el que la democracia liberal se encuentra en retroceso en el mundo. Esta situación, a su vez, opera como un factor que fortalece la imagen negativa de China en Estados Unidos que ha ido en aumento en estos últimos años.

Lo concreto es que la oposición de ideas y valores es una variable interviniente en la rivalidad sistémica entre Estados Unidos y China que tiene no solo el potencial de agravarla; encierra asimismo el riesgo de obstaculizar o impedir acuerdos necesarios en materia de reglas de coexistencia, de agudizar desconfianzas recíprocas, de cometer errores de cálculo, de malinterpretar al otro y de transformarse en un factor disruptivo, potencial o real, en las relaciones de Washington y Beijing con otros estados<sup>3</sup>.

Esta situación no escapa a los analistas de las Relaciones Internacionales tanto en Estados Unidos como en China quienes han levantado voces de advertencia sobre el peligro de repetir los errores de la Guerra Fría y de generar una dinámica cuyo único destino sea la confrontación. Christopher Layne, por ejemplo, señala que “si tu rival es el mal, el compromiso -en realidad, la negociación misma- se convierte en

---

<sup>1</sup>Para una primera aproximación al esbozo de lo que ha comenzado a denominarse Doctrina Biden, ver Brands (2021)

<sup>2</sup>Acerca de la diferencia entre grandes poderes ideológicos y agnósticos, ver Mearsheimer (2019)

<sup>3</sup> Sobre la relevancia de las reglas de coexistencia para preservar las metas elementales de la sociedad de los estados, ver el clásico libro de Hedley Bull (1977, capítulo 3).

apaciguamiento” (Layne, 2020, p. 38). En esta misma línea de razonamiento, Yan Xuetong, Director del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Tsinghua y uno de los expertos más influyentes de China, cuestiona a quienes enarbolan banderas ideológicas en ambas partes al tiempo que destaca la conveniencia de dejarlas de lado, en este caso para su país. Vale citarlo:

El ascenso de China crea objetivamente una contradicción estructural con las metas estratégicas de los Estados Unidos de mantener su posición hegemónica y hace inevitable la competencia estratégica entre ambos. Sin embargo, la cuestión de dónde competir y dónde no competir se ha convertido en una elección estratégica. La competencia en los campos de la ciencia y la tecnología, la economía, las fuerzas armadas, la diplomacia, la educación, etc. es crucial para el éxito o el fracaso del rejuvenecimiento nacional, por lo que la competencia en estos campos es necesaria. Por el contrario, la competencia ideológica no es beneficiosa para el rejuvenecimiento nacional y, por lo tanto, desde la reforma y la apertura de China en los ‘80, no participar en la competencia ideológica se ha convertido en un principio estratégico fundamental de nuestro gobierno. Su significación estratégica es múltiple<sup>4</sup> (Xan Xuetong, 2020).

## **2. Competencia inevitable, cooperación imprescindible**

En una frase memorable, Raymond Aron caracterizó a la Guerra Fría como una situación de “paz imposible y guerra improbable”. La proposición de Aron es útil como fuente de inspiración para pensar fórmulas que puedan captar la condición que probablemente signe el orden internacional en el que viviremos por mucho tiempo. El curso de la relación entre China y Estados Unidos lleva inexorablemente a los dos países hacia una situación que denominamos de “competencia inevitable, cooperación imprescindible”. La frase no tiene el brillo de la propuesta por Aron, pero creo que ayuda a entender los términos básicos de la relación emergente sino-estadounidense que definirán, por consiguiente, los rasgos dominantes de la alta política internacional en las próximas décadas. China y Estados Unidos se definen como principales rivales estratégicos y, al mismo tiempo, están compelidos a cooperar y a buscar formas de entendimiento bilateral y de acción colectiva eficaces para hacer frente a los así llamados “problemas de orden global”, entre los que se destacan la contaminación del medio ambiente, las pandemias y el peligro de la proliferación nuclear.

La reunión entre los máximos responsables de la conducción de la política exterior de China y de Estados Unidos realizada en Anchorage, Alaska, los días 19 y 20 de marzo pasados fue una muestra contundente de esta dinámica política de competencia/cooperación en un contexto dominado por la rivalidad. El encuentro admite al menos dos lecturas. La primera pone el acento en la tormentosa sesión inaugural en la que fuera de todo protocolo ambas partes procuraron marcar territorio e intercambiaron duras recriminaciones. Ante los ojos de todo el mundo y con una deliberada “finalidad de imagen” dirigida a las respectivas audiencias nacionales, quedaron expuestas con singular crudeza las profundas diferencias que separan a Washington de Beijing y sus posturas enfrentadas sobre temas cruciales de la agenda bilateral. Ya a puertas cerradas y sin estridencias, ambas delegaciones volvieron a tratar

---

<sup>4</sup> Ver la interesante explicación del autor sobre las razones que dan cuenta de la relevancia estratégica de esta posición para el liderazgo chino.

estas diferencias -Taiwan, Hong Kong, Tibet, Xinjiang, el uso del ciberespacio, conflictos en el mar del Sur de China, la presencia militar de Estados Unidos en la región Asia Pacífico y en el Indo-Pacífico- como así también asuntos que forman parte de una “agenda expansiva” en la que los intereses de los dos países se cruzan. Ellos incluyen desde la lucha contra el cambio climático y las pandemias hasta la situación en Myanmar y Afganistán y los programas nucleares de Irán y Corea del Norte.

En breve, las partes sentaron las bases para gestionar la rivalidad y facilitar la cooperación dejando abiertamente en claro sus prioridades, intereses y expectativas. Desde el punto de vista del gobierno de Estados Unidos, nada resume mejor las conclusiones del encuentro que la frase pronunciada por el Secretario de Estado, Anthony Blinken el 3 de marzo en su primer discurso importante sobre las prioridades de la política exterior de la Administración Biden. En esa oportunidad, aseveró que las relaciones de su país con China serán “*competitive where it should be, collaborative where it can be, adversarial where it must be*” (Blinken, 2021). Para que no queden dudas también definió a esas relaciones como “el más grande test geopolítico del siglo XXI”.

Una segunda lectura de la reunión de Anchorage permite ir más a fondo. En este caso, el encuentro puede leerse como un riesgoso punto de inflexión que pone fin a más de tres décadas de búsqueda de acomodamiento recíproco entre las partes e instala definitivamente la “rivalidad estructural”. Desde esta perspectiva se repara en los cambios en las percepciones recíprocas del “otro” y del lugar que cada uno ocupa en el mundo. Washington percibe a China como un actor cada vez más revisionista y como una amenaza a los valores de Occidente, tal como lo señala en la “Guía estratégica provisional de seguridad nacional” publicada por la Casa Blanca el 3 de marzo: “China en particular se ha vuelto más asertiva. Es el único competidor potencialmente capaz de combinar su poder económico, diplomático, militar y tecnológico para montar un desafío sostenido a un sistema internacional estable y abierto” (Interim National Security Strategic Guidance, 2021). Al mismo tiempo, Washington se siente “de vuelta” en el mundo, con la voluntad y capacidad de liderar un orden global asentado en los pilares de un liberalismo internacional renovado y más enfocado en lo social, al tiempo que reniega la idea de la declinación.

Por el contrario, la dirigencia china percibe que Estados Unidos y Occidente en general declinan irremediamente y que en este proceso Washington intentará frustrar el ascenso de China. Es de interés recordar que en ocasión de la Conferencia de Partidos Comunistas y de Trabajadores que tuvo lugar el 18 de noviembre de 1957 en Moscú, Mao Zedong citó un antiguo dicho chino que enlaza el curso de los vientos con la victoria - “O el viento del Este prevalece sobre el viento del Oeste o el viento del Oeste prevalece sobre el viento del Este”- para concluir que los vientos soplaban a favor del Este en el choque de ideas y de intereses de la Guerra Fría.

El vaticinio de Mao, entonces erróneo y prematuro, es visto hoy en Beijing como una tendencia irreversible a la que le ha llegado su tiempo. El Este será más fuerte que el Oeste y, por lo tanto, como quedó claro en Anchorage, China no está dispuesta a aceptar el tono “condescendiente” de Estados Unidos como si todavía pudiera arrogarse la representación de la opinión del mundo y dictar las reglas del orden global. Dicho en términos de pura lógica realista, de milenaria tradición en China, como si no entendiera que la relación ha evolucionado de “superpotencia vs. potencia mayor” a una de co-iguales en la que China es todavía la número dos pero en el curso de una trayectoria en

la que nada podrá detenerla para alcanzar la cima. Esta convicción fue enfáticamente reiterada por el propio Xi durante las celebraciones del centenario del Partido Comunista chino, cuando señaló que “la nación china ha entrado en un proceso histórico irreversible” y que “nadie le dará lecciones a su país” (La Nación, 2 de julio de 2021, p. 10).

Por cierto, no hay que confundir la inevitabilidad de la competencia con la inevitabilidad de la confrontación. La palabra “inevitable” tiene una fuerte impronta en la disciplina de las Relaciones Internacionales porque trae inmediatamente a la mente la conocida frase de Tucídides de su célebre libro, *Historia de la Guerra del Peloponeso*: “el crecimiento del poder de Atenas y la alarma (o el miedo) que despertó en Esparta hizo la guerra inevitable”. Su interpretación ha dado lugar a múltiples lecturas y debates. Sin embargo, hay bastante consenso en el sentido de que la determinación de la guerra no era para Tucídides el resultado inexorable de la redistribución de poder entre Atenas y Esparta. Su objetivo era revelar ciertas dinámicas esenciales que operan en el estallido de una guerra -sus causas profundas- y no presentar un destino irremediable que deja a los protagonistas sin alternativas. Como advierte Seth Jaffe: “la historia es tanto sobre las percepciones de sus intereses por parte de Atenas y Esparta como sobre las alteraciones sistémicas en el equilibrio del poder” (Jaffe, 2017). Si la obra de Tucídides cumple su aspiración de ser “una posesión para todo tiempo”, puede extraerse de ella que la competencia entre China y Estados Unidos es, esencialmente, una consecuencia inevitable del cambio en las relaciones de poder, mientras que la confrontación es una posibilidad que dependerá del papel, la calidad y las visiones subjetivas de los actores.

En los años de la Guerra Fría se decía que la distensión Este/Oeste era una condición de la autonomía de América Latina. En el mismo sentido, hoy podría afirmarse que las posibilidades de que el orden se mantenga no polarizado se verán reducidas o frustradas si la rivalidad entre Estados Unidos y China escala en dirección de una mayor confrontación. Ciertamente, el carácter de la *bipolaridad sino-estadounidense* no está predestinado y es posible imaginar dos situaciones opuestas en términos de tipos ideales en los extremos de un continuo. En uno de ellos, una bipolaridad rígida que implica alta confrontación, mínima cooperación, desacople económico, fuerte choque de ideas y valores y formación de bloques o fuertes coaliciones con estados subordinados. Este escenario no descarta la posibilidad de una guerra y hasta el uso limitado de armas nucleares. En el otro extremo, puede imaginarse una bipolaridad flexible (cercana a lo que llamábamos un escenario de distensión en la Guerra Fría) en el que Estados Unidos y China acentúan su interdependencia, continúan comerciando e invirtiendo en sus respectivas economías, no desafían la legitimidad del orden político del otro y evitan la competencia ideológica, cooperan para hacer frente a los desafíos globales y establecen reglas de coexistencia efectivas para evitar o disminuir conflictos de naturaleza geopolítica y tensiones en el campo de la seguridad (Rodrik y Walt, 2021, pp. 1 y 2).

Las perspectivas sobre el futuro de esta competencia son materia de gran debate en todas partes. Mi apuesta, por ahora, es a favor de un escenario más volcado en este continuo hacia el lado de lo flexible en el que los temas económicos y tecnológicos constituyen el núcleo de la competencia entre dos economías fuertemente integradas y en el que la dos partes mantienen, a pesar de sus diferencias, altos niveles de interdependencia económica, comercial y financiera. Cabe apuntar que el mantenimiento y ampliación del orden económico de libre comercio es una alta



prioridad para la dirigencia china, un objetivo que no va a cambiar en los próximos diez años. China es el principal socio comercial de 144 países de los 192 reconocidos por las Naciones Unidas. Seguramente, el país doblará sus apuestas para ganar y mantener su acceso a mercados en el exterior, ello está en el corazón de la Ruta de la Seda y de la Asociación Económica Integral Regional (RCEP) firmada el 15 de noviembre de 2020, que integran 15 países con 2100 millones de consumidores y el 30% del PBI mundial. Como señala, Xan Xuetong : “Dado su entusiasmo e interés por la economía global, la imagen de una China revisionista es engañosa. (...) La cautela no la asertividad o la agresividad dominará la política exterior de China en los años que vienen” (Xan, 2029, p. 42). Y agrega que su principal objetivo es mantener las condiciones para el crecimiento continuo de China, lo que la lleva a evitar confrontaciones directas con Estados Unidos y sus principales aliados.

En todo caso, la agresividad y asertividad de la política exterior de China va a estar esencialmente reservada a su vecindario inmediato donde el gobierno de Xi avanza sin pausa en su objetivo de transformar al país en una potencia hegemónica regional. Por lo tanto, es en el Indo/Pacífico donde veremos los mayores puntos de tensión en clave clásica de competencia de grandes poderes y por temas de seguridad. Aquí sí hay una posición revisionista por parte de China que choca de frente con el principal objetivo de la estrategia de seguridad de Estados Unidos de siempre: evitar que surja un *peer competitor* en otra región del mundo, como lo hizo en el siglo XX dos veces con Alemania y con Japón y la Unión Soviética. Claro está que esta vez le toca ponerla en práctica frente a un rival que será mucho más poderoso a los que tuvo que hacer frente en el pasado.

En breve, y a diferencia de la Guerra Fría, lo que está en juego por ahora no es la naturaleza fundamental del orden. El foco de la competencia está puesto en el plano económico/tecnológico pero no hay que descartar un progresivo deslizamiento a temas de naturaleza geopolítica (con Taiwán y el mar del Sur de China como principales asuntos de conflicto potencial) que pueden cambiar el orden de prioridades de la agenda bilateral poniendo en el centro de la escena a las cuestiones de seguridad. El actual consenso “confrontativo” en Estados Unidos, que une a demócratas y republicanos para contener el ascenso de China, aparece en el horizonte cercano como el factor más inquietante por el potencial que tiene de trasladar el eje de la rivalidad del terreno económico al de la seguridad. En la superficie, este consenso para jugar la “carta china” parece expresar la continuidad de una línea trazada desde fines del segundo mandato de Obama, que se acentuó en los años de Trump y que ha retomado Biden con otro estilo pero con la misma sustancia. En lo profundo, oculta la falta de una gran estrategia para responder a una situación inédita para Estados Unidos: la de estar en el lugar de una gran potencia descendente que -como diría Carr- tiene la obligación de hacer concesiones y de restringirse para que el orden internacional se ajuste a las nuevas realidades de poder y, por consiguiente, de contribuir a un cambio pacífico. Nuevas realidades de poder y también de riqueza que se alejan en términos relativos de Occidente en una centuria que todo indica será de Asia, y no solo de China.

## **Bibliografía**

Aron, R. (1985). *Paz y guerra entre las naciones. T. 1 Teoría y Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.

Blinken, A. (2021) Foreign Policy for the American People, U.S. Department of State, Washington D.C. March 3. Disponible en: <https://www.state.gov/a-foreign-policy-for-the-american-people/>

Brands, H. (2021). The Emerging Biden Doctrine, Democracy, Autocracy, and the Defining Clash of Our Time. *Foreign Affairs*, June 29, 2021. Disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2021-06-29/emerging-biden-doctrine>

Bull, H. (1977). *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*. London: The Macmillan Press Limited.

Carr, E. (1939). *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*. London: Macmillan and Company Limited.

Hass, R. (May/June 2008). The Age of nonpolarity. *Foreign Affairs*. 44-56. Disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2008-05-03/age-nonpolarity>

Hobsbawm, E. (2008). Después del siglo XX: un mundo en transición. En Lagos, Ricardo (Compilador). *América Latina: ¿integración o fragmentación?*. Buenos Aires: Edhasa.

Hurrell, A. (2018). Beyond the BRICs: Power, Pluralism, and the Future of Global Order. *Ethics and International Affairs*, 32, no. 1. Disponible en <https://ethicsandinternationalaffairs.org/2018/beyond-the-brics-power-pluralism/>

Interim National Security Strategic Guide (2021). The White House, March 3. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements-releases/2021/03/03/interim-national-security-strategic-guidance/>

Jaffe, S. N. (2017). The Risks and Rewards of Thucydides' History of the Peloponnesian War. *War on the Rocks*, 7/6/.

Kotkin, S. (2016). Russia's Perpetual Geopolitics. Putin Returns to the Historical Pattern. *Foreign Affairs*, May/June. Disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/ukraine/2016-04-18/russias-perpetual-geopolitics>

Layne, C. (2020). Coming Storms. The Return of Great Power War. *Foreign Affairs*. November/December. Disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-10-13/coming-storms>

Mearsheimer, J. (2019). Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order. *International Security*, Vol. 43, No. 4 (Spring)

Pompeo, M. (2020). Discurso del Secretario de Estado Pompeo en la Biblioteca y Museo Presidencial Richard Nixon. Disponible en: <https://cl.usembassy.gov/es/discurso-de-secretario-de-estado-pompeo-en-la-biblioteca-y-museo-presidencial-richard-nixon/>

Rodrik, D. y Walt, S. (2021). How to Construct a New Global Order. Disponible en: <https://J.mp/3utEK8E>

Xan, X. (2019). The Age of Uneasy Peace. Chinese Power in a Divided World. *Foreign Affairs*, January/February. Disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2018-12-11/age-uneasy-peace>

Xan X. (2020). Cómo prevenir disputas ideológicas. *Reading the China Dream*. Octubre. Disponible en <https://www.readingthechinadream.com/yan-xuetong-prevenir-disputas-ideoloacutegicas.html>